

ria. ¡Funestas ilusiones del odio! Se envidia, se aborrece, se persigue, creyendo feliz al enemigo á quien se detesta, al par que, doblada la cabeza bajo el peso de la vida, todos caminan por entre los mismos dolores ó desventuras casi iguales. ¡Se envidiarían menos los hombres si supieran cuán análoga es á menudo su fortuna bajo apariencias diferentes, y en vez de dividirse bajo la mano del destino, se unirían en comun para sostener su peso agoviante!

LIBRO CINCUENTA.

Leipsick y Hanau.

Sucesos ocurridos en Silesia y en los alrededores de Berlin durante las operaciones de los ejércitos beligerantes en torno de Dresde.—Fuerzas é instrucciones dejadas al mariscal Macdonald á la vuelta de Napoleon del Bober sobre el Elba.—Estrechado á poner por obra sus instrucciones, y temeroso de perder las ventajas de la ofensiva, habia movido este mariscal sus tres cuerpos el 26 de agosto.—Lanzándose el general Blucher sobre la division de Charpentier y la caballería de Sebastiani, destrózalas sobre la meseta de Janowitz.—Este accidente trajo consigo la retirada de todo el ejército, y una lluvia torrencial de muchos dias lo hizo casi desastroso.—Captura y destruccion de la division de Puthod.—El mariscal Macdonald reducido de setenta á cincuenta mil hombres.—Su movimiento retrógrado sobre el Bober.—Sucesos hacia la parte de Berlin.—Marcha del mariscal Oudinot á la cabeza de los cuerpos 4.º 7.º y 12.º.—Composicion y fuerza de estos cuerpos.—Ejército del príncipe real de Suecia.—Llegada delante de Trebbin.—Primeras posiciones del enemigo tomadas en los dias 21 y 22 de agosto.—Aislamiento en el dia 23 de los tres cuerpos franceses, y combate desgraciado del 7.º cuerpo en Gross-Beeren.—Retirada del mariscal Oudinot sobre Wittenberg.—Muchos soldados se desbandan y especialmente de los aliados.—La noticia de estos graves descalabros hizo que Napoleon se volviera de Pirna á Dresde el 23 de agosto y apartara su atencion de Kulma.—No sabiendo aun lo acontecido á Vandamme, habia formado el proyecto de mudar el teatro de la guerra, trasladándolo al Norte de Alemania.—Vastas consecuencias que pudiera tener este proyecto.—Obligado Napoleon á restringir sus miras al

saber el desastre de Kulma, reorganiza el cuerpo de Vandamme y confía el mando al conde de Lobau, y envía al mariscal Ney para que reemplace al mariscal Oudinot á la cabeza de los tres cuerpos retirados á Wittemberg, y se propone establecerse con sus reservas en Hoyerswerda, á fin de empujar por un lado al mariscal Ney sobre Berlin y de tomar por otro una posición amenazadora sobre el flanco del general Blücher.—Partida de la Guardia hacia Hoyerswerda.—Noticias inquietadoras de Macdonald, que apartan una vez mas á Napoleon de la ejecución de su último proyecto, y le obligan á trasladarse á Bautzen sin demora.—Llegada de Napoleon á Bautzen el 4 de setiembre.—Pronta retirada de Blücher durante los días 4 y 5 de setiembre.—No bien Napoleon ha restablecido al mariscal Macdonald sobre el Neisse, se ve en la necesidad de volver á Dresde por consecuencia de la segunda aparición del ejército de Bohemia sobre la calzada de Peterswalde.—Su entrevista con el mariscal Saint-Cir el día 7 en las avanzadas.—Proyecto para el 8 de setiembre.—En este intervalo recibe Napoleon la noticia de una nueva desgracia acontecida sobre el camino de Berlin.—Habiendo llegado al mariscal Ney un orden para trasladarse á Baruth, hubo de hacer el 5 de setiembre un movimiento de flanco delante del enemigo con los cuerpos 4.º, 7.º y 12.º.—Este movimiento, feliz el 5, no se logra el 6 y produce la desgraciada batalla de Dennewitz.—Retirada el 7 de setiembre sobre Torgau.—Desbandamiento de parte de los sajones.—Napoleon recibe esta noticia con calma, pero empieza á concebir inquietudes acerca de su situación.—Aviso indirecto, dado por conducto de Mr. de Basano al ministro de la Guerra, para que las plazas del Rin sean armadas y abastecidas.—A tenor del plan acordado con el mariscal Saint-Cir el día 7, Napoleon empuja vivamente el día 8 á los prusianos y á los rusos, á fin de repelerlos á Bohemia.—Por consejo del mariscal Saint-Cir se sigue el 9 y el 10 el camino viejo de Bohemia, el de Fürstenwalde, por el cual se tiene esperanza de basar al enemigo.—La imposibilidad de que pase la artillería por el Geysersberg estorba dar cima al movimiento proyectado.—Ignorando que en este momento se hallan separados los austriacos de los prusianos y los rusos, y estrechado á reparar los desastres de sus lugartenientes, se detiene Napoleon y torna á Dresde.—Evidencia del plan de los coaligados, consistentes en correr sobre los ejércitos franceses tan luego como Napoleon se aleja, y en retirarse cuando acude, en cansar de este modo sus tropas, con el fin de envolverle mas tarde y de abrumarle cuando se le juzgue suficientemente debilitado.—Deplorable realización de estas miras.—De trescientos sesenta mil quedan reducidos á doscientos cincuenta mil hombres las fuerzas de Napoleon en tropas activas sobre el Elba.—Considerando tal estado de cosas, estrecha Napoleon el círculo de sus operaciones, trae á Macdonald con los cuerpos 3.º, 5.º, 8.º y 11.º, cerca de Dresde, establece al conde de Lobau y al mariscal Saint-Cir sobre el campo de Pirna, detrás de excelentes obras de campaña, á fin

de que ya no pueda jugar el enemigo con sus apariciones por el camino de Peterswalde, envía un fuerte destacamento de caballería á sus espaldas, para dispersar las tropas de los partidarios, reorganiza el cuerpo de Ney junto al Elba, sitúa al mariscal Marmont y á Murat en Grossenhayn para proteger el arribo de sus provisiones y se concentra en Dresde con toda la Guardia, de manera de no ponerse ya en movimiento á consecuencia de vanas demostraciones del enemigo.—Tercera aparición de los prusianos y de los rusos sobre Peterswalde.—No estando concluidas las obras mandadas ejecutar entre Pirna, Gieshubel y Dohna, se ve Napoleon obligado de nuevo á acudir al camino de Peterswalde para repeler al enemigo hacia Bohemia.—Pronta retirada de los coaligados.—Vuelta de Napoleon á Pirna y sus desvelos por asentar bien su posición, con el fin de no agotarse en correrías infructuosas.—Su resolución de establecerse sobre el Elba, de Dresde á Hamburgo, durante el invierno.—Proyectos del enemigo.—Hallándose Napoleon estrechado por todas partes sobre el Elba y aproximándose el invierno, piensan los soberanos aliados en poner término á la guerra con una tentativa decisiva á espaldas de la posición que ocupamos.—Blücher hace prevalecer la idea de emplear en Bohemia la reserva del general Benningsen, y de que, reforzado de este modo, baje hacia Leipsick el grande ejército de los aliados, mientras va él en persona á juntarse á Bernadotte, á pasar unidos el Elba por las cercanías de Wittemberg y á subir hacia Leipsick con los ejércitos del Norte y de Silesia.—Primeros movimientos para llevar á cabo este designio.—Napoleon descubre al punto la intención de sus adversarios, y hace que todas sus tropas vuelvan á pasar á la izquierda del Elba.—No deja mas que á Macdonald con el cuerpo 11.º á la derecha de este rio, encamina á Marmont y á Souham, al uno por Leipsick y al otro por Meissen, hacia el bajo Elba, á fin de apoyar á Ney, y envía á Lauriston y á Pontatowski por el camino de Praga á Leipsick para sostener á Victor contra el ejército de Bohemia.—Espera de algunos dias con el objeto de que se marquen mas á las claras los proyectos del enemigo.—Habiendo desaparecido Blücher para juntarse á Bernadotte y pasar el Elba por Wurtenburgo, Napoleon sale de Dresde el 7 de octubre con Macdonald y la Guardia, y baja hacia Wittenberg con el designio de batir á Blücher y á Bernadotte ante todo, y de marchar despues contra el gran ejército de Bohemia.—Excelente y profunda concepción de Napoleon enderezada á arrollar á Blücher y á Bernadotte sobre Berlin y á sorprender de seguida á Schwarzenberg, remontando la orilla derecha del Elba, para reparar este rio por Torgau ó Dresde.—Movimiento anunciado de Blücher y de Bernadotte sobre Leipsick, que cambia todos los proyectos de Napoleon.—Viendo éste á los aliados juntarse sobre Leipsick en masa, se apresura á tomarles allí la delantera, para interponerse é impedir que se junten unos á otros.—Vuelta del grande ejército francés sobre Leipsick.—Terrible batalla, la mas grande del siglo y probablemente de los siglos, dada bajo

los muros de Leipsick durante tres dias.—Retirada de Napoleon sobre Lutzen.—Explosion del puente de Leipsick, que produce la destruccion ó el cautiverio de una parte del ejército francés.—Muerte de Poniatowski.—Marcha sobre Erfurt.—Defecion de Baviera y llegada del ejército austro-bávaro á las cercanias de Hanau.—Movimiento acelerado del ejército francés, y batalla de Hanau.—Humillacion del ejército austro-bávaro.—Vuelta de los franceses sobre el Rhin.—Su estado deplorable al llegar á Maguncia.—Operaciones del mariscal Saint-Cir junto al Elba.—Triste capitulacion de Dresde.—Situacion, fuerzas, conducta heroica é infortunios de las guarniciones francesas, inútilmente dejadas sobre el Vistula, el Oder y el Elba.—Carácter de la campaña de 1813.—Espantosos augurios que se pueden sacar de ella.

Junto al Katzbach en Silesia, y hácia Gross-Beeren en Brandeburgo habian pasado los graves y poco previstos sucesos que, llamando la atencion de Napoleon de pronto, le apartaron de Kulma. Una especie de desastre acababa de sufrir el mariscal Macdonald, dejado por Napoleon en persecucion de Blucher, y llevado fué el mariscal Oudinot bajo el cañon de Wittenberg á consecuencia de un combate desgraciado, cuando Napoleon le creia próximo á entrar en la capital de Prusia. Conviene saber cómo habian ocurrido estos sucesos, para formarse idea exacta de la situacion, y comprender las combinaciones que habian absorbido á Napoleon durante los dias 28, 29 y 30 de agosto, impidiéndole correr al lado del infeliz Vandamme con todas sus reservas.

Despues de repeler Napoleon del Bober al Katzbach al ejército de Silesia, dejó al mariscal Macdonald para continuar la persecucion el tercer cuerpo, fuerte de veinte y cinco mil hombres y mandado por el general Souham desde la partida del

mariscal Ney, el 5.º cuerpo, fuerte de veinte mil hombres, y puesto siempre bajo las órdenes del general Lauriston, finalmente el cuerpo 11.º, fuerte de diez y ocho mil hombres, y confiado al general Gerard, desde que el mariscal Macdonald tenia el mando superior de los tres cuerpos reunidos. A esta masa de infantes habia que añadir la caballeria del general Sebastiani, que podia presentar una reserva de cinco á seis mil caballos y que era independiente de los destacamentos de caballeria ligera agregados á cada cuerpo de tropas. Asi el total se elevaba á setenta mil hombres, sin contar los diez ú once mil polacos del principe Poniatowski, apostados en la frontera de Bohemia detrás y á la derecha del mariscal Macdonald, para guardar la avenida de Zittau. Por instrucciones habia dado Napoleon al mariscal Macdonald que rechazara á Blucher sobre el Bober, entre Lowenberg y Buntzlau, de manera de tener al ejército de Silesia alejado de Dresde, y de impedir que enviara destacamentos á Berlin el ejército de Bohemia. Napoleon no dudaba que Macdonald desempeñaria perfectamente su tarea con ochenta mil hombres victoriosos. Tampoco el mariscal abrigaba la menor duda sobre este punto, y prosiguió avanzando contra el general Blucher en ademan atrevido.

Un incidente poco importante á primera vista introdujo desde los principios una funesta mudanza en esta situacion al parecer tan ventajosa. Al partir Napoleon dirigió al mariscal Ney la orden de seguirle á Dresde; pero no especificando bastante á las claras que se trataba de la persona del mariscal Ney y no de sus tropas, fué dirigido por el ca-

mino de Dresde el tercer cuerpo, apareciendo que el ejército francés por su ala izquierda emprendía la retirada. Impaciente así por carácter como por posición de volver a tomar la ofensiva, irrió Blücher del movimiento retrógrado de una porción de nuestra línea que no estaba allí Napoleón, y que convenia tornar contra el ejército francés privado de su presencia y también probablemente de algunas de las fuerzas que habia desplegado un momento. Por su parte Macdonald quiso restituir á sus tropas la actitud que acababan de tomar, y siguió adelante sin hacer gran caso de las circunstancias. De esta doble disposición debia resultar un choque violento é inmediato.

Habiendo hecho desde luego el tercer cuerpo del general Souham una marcha á retaguardia y despues otra a vanguardia, con el objeto de volver á Liegnitz, dejó en este inútil movimiento algunos hombres por los caminos. De regreso estaba en su primera posición el 25 de agosto por la noche. No se habia movido de Goldberg el 4.º cuerpo del general Gerard que formaba el centro, y tampoco habia abandonado el general Lauriston su puesto con el cuerpo 3.º que formaba la derecha. Teniendo el mariscal Macdonald toda su gente en línea, determinó trasladarse desde el día siguiente 26 sobre Jauer, punto que debia ocupar á tenor de sus instrucciones. Aun cuando Napoleón no quisiera establecer mas allá del Bober su ejército de Silesia, deseaba que tuviera sus avanzadas junto al Katzbach, desde Jauer hasta Liegnitz, á fin de vivir mas holgadamente y de interceptar mas á golpe seguro á todo destacamento enviado de Bohemia á la capital de Prusia.

Véase cómo el mariscal Macdonald procedió en la ejecución de su movimiento. Aunque en Goldberg se hallara sobre uno de los brazos del Katzbach, y por consiguiente á bastante distancia del Bober, tenia sobre su derecha un punto de este río ocupado por los contrarios, el de Hirschberg en las montañas. Del 41.º cuerpo destacó una división, la del general Ledru, con la orden de que remontara el Bober hácia nuestro lado, esto es, por la izquierda, mientras la división de Puthod del cuerpo de Lauriston lo remontara por la derecha, de modo de sorprender á Hirschberg por la una y la otra. Interin se operaba este movimiento sobre nuestra extrema derecha y completamente en las montañas, abrazó el mariscal Macdonald el partido de marchar sobre el Jauer en persona con los cuerpos de Gerard y de Lauriston, disminuidos en una división cada uno. Para llegar á Jauer no tenia que atravesar ningun raudal importante, si bien necesitaba trasponer algunos barrancos mas ó menos hondos, sobre los cuales podia encontrar fuerte al enemigo. Se lisonjeaba Macdonald de desembarcarlo, ya por un ataque directo de los generales Lauriston y Gerard sobre el mismo Jauer, ya por un movimiento lateral de los generales Souham y Sebastiani sobre Liegnitz.

Efectivamente, previno al general Souham que partiera de Liegnitz con el tercer cuerpo, y tomara el camino de esta ciudad á Jauer, que viene á caer sobre el mismo flanco de esta población, cruzando la meseta de Janowitz. Esperaba que veinte y cinco mil hombres atacando de flanco al enemigo, le quitarian hasta la idea de resistir al ataque de frente que ejecutarán los generales Lauriston y

Gerard en su contra. Desgraciadamente habia inmensa distancia entre el camino que iba a seguir el general Souham sobre la meseta de Janowitz y el que tenian que recorrer los generales Lauriston y Gerard para marchar sobre Jauer en derecha. El general Gerard, que de los dos era el que se hallaba menos lejos, debia remontar la profunda quebrada del Wutten-Neiss, pequeño rio torrencioso, que desde Jauer va a desaguar en el Katzbach, rodeando la meseta de Janowitz. Para establecer algun enlace entre las dos principales masas de sus fuerzas, señaló el mariscal Macdonald al general Sebastiani un camino intermedio, el de Kuntzlau a Jauer, que siguiendo al principio la quebrada del Wutten-Neiss, y cruzando despues este rio, desemboca sobre la meseta de Janowitz. Todas las ordenes fueron expedidas para que se ejecutasen el 26 por la mañana sin retardo.

Una lluvia tempestuosa, que habia durado toda la noche, hizo salir todos los rios de madre, y casi quedaron impracticables los caminos. Anhelante el mariscal Macdonald por volver a tomar la ofensiva, no paró la consideracion en el mal tiempo, y exigió que sus ordenes fueran cumplidas. Mientras las divisiones de Ledru y de Puthod remontaban las dos orillas del Bober hasta Hirschberg, los cuerpos de Lauriston y de Gerard marchaban sobre Jauer, bajando y subiendo alternativamente los bordes de los barrancos que habia que trasponer para llegar a esta pequeña ciudad. No obstante las dificultades que les oponia la lluvia, desalojando nuestros ágiles tiradores a los del enemigo, les obligaron a replegarse por todas partes. No se presentaron tan fáciles las cosas hacia la izquierda.

Despues de ponerse en camino el general Sebastiani algo tarde, aun no se hallaba a la entrada de la quebrada del Wutten-Neiss, cuando el general Gerard habia penetrado en ella y cuando el general Lauriston, que marchaba paralelamente a este, ya iba muy adelante. Por su parte el general Souham, encontrando en Liegnitz al Katzbach desbordado, buscó un paso mas arriba y asi fué a tomar el mismo camino que el general Sebastiani. Durante algun tiempo estuvieron de veinte y tres a veinte y cuatro mil infantes y de cinco a seis mil caballos con cien bocas de fuego sumidos en una quebrada profunda, hasta que, trepando por su borde, pudieran desembocar sobre la meseta de Janowitz. En este instante, practicando un reconocimiento bajo esta meseta la caballeria prusiana, y no divisando a nuestras tropas, avanzó mucho por la quebrada del Wutten-Neiss. Mientras el general Gerard caminaba por la orilla opuesta de este rio, descubrió los escuadrones prusianos, que ya habian rebasado su izquierda, é hizo que se les disparase por la espalda. Causa fué la no interrumpida lluvia de que apenas salieran cuarenta tiros; pero bastaron para advertir a los escuadrones prusianos del mal paso en que estaban metidos, y desandaron camino al galope. Acercando el general Gerard su artilleria y disparando de una orilla a otra, sembró el desfiladero de buen número de estos imprudentes ginetes.

Este incidente sugirió al mariscal Macdonald la idea de lanzar de seguida algunos batallones de la division de Charpentier y una de las dos del general Gerard sobre la meseta de Janowitz, a fin de apoderarse de ella y de ayudar de este modo a los

generales Souham y Sebastiani á desplegarse. Dada la órden fué ejecutada al punto. Con una de sus brigadas y una batería de reserva de á doce, pasó el general Charpentier el Wutten-Neiss por Nieder-Krayn, trepó la meseta, y se desplegó allí á pesar de las avanzadas prusianas. Inmediatamente se le incorporó la caballería del general Sebastiani, que fué sucesivamente á tomar posición sobre su izquierda. A seguirle se aprestaba el general Souham, si bien despacio, según lo permitían el tiempo, la naturaleza del terreno, y el número de tropas acumuladas en desfiladero tan angosto.

Sobre este mismo punto llegaba Blucher á la sazón con la mayor parte de sus fuerzas. Contando con la posición de Jauer, no había dejado allí más que el cuerpo de Langeron, y llevó á la vez á York y á Sacken sobre la meseta de Janowitz para resistir al movimiento de flanco que le amenazaba. A la vista de nuestras tropas, subiendo el borde de la quebrada del Wutten-Neiss para establecerse en la meseta, pensó que no podíamos oponerle á un mismo tiempo mucha gente, y que acometiéndonos con cuarenta mil hombres, nos destrozaría fácilmente dentro de la quebrada, de la cual aspirábamos á salir. Ante todo hizo que le precediera una artillería poderosa, cuyo fuego aguantó la brigada de Charpentier con sangre fría, y al cual respondió con su batería de á doce. Aun hizo más el enemigo, pues lanzó en su contra diez mil caballos. Formada en cuadro nuestra infantería, en vano quiso oponerles sus fuegos apagados por la lluvia: reducida á sus bayonetas, usólas con valentía, y atajó el impetu de la caballería contraria. Desquitando el general Sebastiani su lentitud con su de-

nuedo, cargó y rechazó á esta caballería, pero fué rechazado á su turno, y no pudo resistir largo tiempo á fuerzas triplicadas. Vióse obligado á operar un movimiento retrógrado, y así dejó la izquierda de la brigada de Charpentier al descubierto. Entonces Blucher, que no había podido romper esta valerosa brigada con sus ginetes, arrojó en su contra más de veinte mil infantes. Muchas cargas recibió y sostuvo á la bayoneta; pero, agoviada por el número en breve, perdió terreno, y acabó por ser repelida hasta el borde de la quebrada del Wutten-Neiss. A pesar de su firme continente, se vió obligada á bajar de este punto y hallóse revuelta con la caballería de Sebastiani, que también se iba replegando, y con la cabeza del cuerpo de Souham, que llegaba entonces. Ya se concibe el tropel y el desórden que esto produjo, y cuántas pérdidas debieron experimentarse, sobre todo en cañones, pues atollada nuestra artillería en las tierras, fué privada de sus caballos, muertos por el fuego enemigo casi todos.

Necesario fué que emprendiésemos la retirada arrollados en tan estrecho paso vivamente hasta la aldea de Kroitsch, donde el Wutten-Neiss se junta al Katzbach, y donde Blucher no se atrevió á perseguirnos.

Esta refriega sobre un mismo punto, la cual nos había costado unos mil hombres, bastó para convertir en cierta especie de derrota general una operación que sobre el resto de nuestra línea se había logrado. Efectivamente, atacando los generales Lauriston y Gerard con extremada energía las posiciones ocupadas y abandonadas por Langeron sucesivamente, ya habían dado vista á Jauer, á pe-

sar del mal tiempo, é iban á señorearla, cuando les detuvo la noticia de lo acontecido á su izquierda. Bajo pena de imprudencia, viéronse, pues, obligados á retroceder y volvieron hasta Goldberg, donde entraron á eso de media noche en un estado muy triste, habiendo encontrado en el camino los restos de las tropas batidas sobre la meseta de Janowitz, y necesitando cruzar por entre un monton de carros atascados, y de heridos llevados muy trabajosamente á causa de lo horroroso del tiempo. No hubo mas arbitrio que vivaquear segun se pudo bajo la continua lluvia, unos en Goldberg, otros fuera, los mas sin viveres ni abrigo, y en suma en un estado miserable.

Para contratiempos de esta especie son buenos los veteranos. En medio del fuego los bisoños, guiados por oficiales bizarros, son mas impetuosos sin duda, porque conocen menos el peligro; pero al primer descalabro se llenan de asombro, se hacen atrás al primer sufrimiento, sobre todo si llevan poco tiempo en las filas, y basta un revés para turbar todas sus ideas y convertir su valor temerario en abatimiento profundo. Sin embargo, con viveres fuera posible retener á nuestros reclutas en los cuadros, y se lograra restituirles la confianza luego que el sol asomase, á beneficio de un nuevo impulso dado por enérgicos gefes. Pero fué preciso pasar una noche horrible sin alimento, sin abrigo, y con la certidumbre de tener encima al dia siguiente á ochenta mil hombres victoriosos ó que creian estarlo. Por la mañana el cielo cargado de agua continuó derramando sobre nuestros soldados torrentes de lluvia. Por fortuna el Katzbach, que habian pasado el dia antes, les servia de resguardo contra

la persecucion impetuosa de Blucher. Tan desbordado iba el rio, que apenas pudo hacer que lo pasara su caballeria. Asi se logró la retirada sin tener encima á la infanteria de los contrarios, bien que bajo la persecucion de una nube de ginetes, que no podian detener nuestros fusiles porque no daban lumbré. Mas firmes nuestros reclutas ante el enemigo que ante el mal tiempo, opusieron con sus bayonetas una barrera de hierro á los ginetes rusos y prusianos, y alcanzaron asi á contenerlos. No obstante, obligados á alejarse á toda prisa, dejaron atrás gran parte de su artilleria atascada, y sucedió que muchos de ellos retraidos ó moribundos de hambre se desparramaron para vivir por las aldeas y fueron cogidos ó iniciados bien temprano en el peligroso y corruptor oficio de merodeadores. Cubierta el cuerpo del general Souham por la caballeria del general Sebastiani, pudo retirarse por entre la llanura y ganar á Buntzlau sano y salvo. Mas vivamente perseguidos los cuerpos de los generales Lauriston y Gerard, y no teniendo gruesa caballeria que les cubriese, hallaron abrigo en los bosques que separan el Bober del Katzbach, entre Goldberg y Lowenberg. Allí pasaron la noche algo mas resguardados, si bien no mejor alimentados que la precedente. Llegando estos dos cuerpos delante de Lowenberg el dia 28, probaron á pasar el Bober sin fruto. No estaba destruido el puente, pero para llegar á sus avenidas habia que cruzar una inundacion que se extendia no menos de tres cuartos de legua, y no quedó otro recurso que volver á bajar la orilla derecha de este rio para atravesarlo por Buntzlau, donde ya estaban Souham y Sebastiani. Por primera vez al cabo de tres dias se en-

contraron techos y comestibles, aunque muy disputados, siendo cincuenta mil hombres cuando menos los acumulados en un solo punto.

Firme, cuerdo, experimentado, leal, el mariscal Macdonald, aunque desgraciado casi siempre desde la funesta jornada del Trebbia, no incurria en el error de engañarse acerca de su mala fortuna. Así, vuelto á Buntzlau, no consideraba aplacada la cruel fatalidad que le perseguía, y temblaba por la division de Puthod, aventurada sola mas allá del Bober sobre la altura de Hirschberg. No podia inspirar zozobra la division de Ledru, pues habia seguido la orilla izquierda que nos pertenecía; pero, si la division de Puthod no se habia aprovechado del puente de Hirschberg para venir mas acá del Bober, evidentemente estaba comprometida su suerte. Esto era lo que debía suceder en efecto. Habiendo remontado dicha division el Bober por una orilla, mientras la division de Ledru lo remontaba por la otra, no habia usado del puente de Hirschberg cuando todavía era tiempo, y se habia visto separada por inmensas masas de agua de sus compañeros de armas, que vanamente la tendian las manos desde lo alto de la orilla izquierda. Por la derecha ideó bajar el 29 enfrente de Lowenberg cerca de Zopten. Reducida allí de seis mil á tres mil hombres por el cansancio, el hambre, el frio de las noches y el abatimiento, fué acometida por las tropas de Blucher, rehusó rendirse, defendióse denodadamente, y acabó por ser capturada ó destruida. Oyendo desde Buntzlau el infortunado Macdonald, mas infortunado aun que la division asaltada, el fuego de la artillería, adivinando el sacrificio que se consumaba, quería remontar con algunas tro-

pas la orilla derecha hasta la altura de Zopten, pero se le hizo conocer el peligro y quizá la inutilidad de este socorro, y vióse forzado á dejar que fueran inmolados á su vista los infelices soldados perdidos por virtud de su mala estrella.

Juntos se hallaron todos el 30 á la orilla izquierda del Bober, pero en número de cincuenta mil hombres á lo sumo, en vez de los setenta mil que se contaban algunos dias antes, y despues de dejar cien piezas de artillería entre el fango. De los veinte mil hombres que faltaban, solo tres mil habian perecido en el fuego; pero el enemigo se habia apoderado de siete ú ocho mil, y no bajaban de nueve á diez mil los desbandados, que habian tirado ó perdido sus fusiles y no tenian ganas de coger otros. Sucediendo una prueba demasiado repentina de los padecimientos de la guerra á una ciega confianza, de pronto se despertó en sus corazones el sentimiento que experimentaban al abandonar sus techos seis meses antes, el del odio hácia el hombre que los sacrificaba á una ambicion desapoderada, apenas salidos de la adolescencia. Bizarros lo eran siempre, y todo se podia esperar de ellos si se lograba que volvierán á ingresar en las filas, cosa muy árdua. Irritados y disgustados preferian vivir saqueando el pais contrario á tornar á empuñar las armas por un dios cruel, que, al decir de ellos, devoraba su juventud sin compasion y sin motivo. Macdonald se vió, pues, junto al Bober con cincuenta mil soldados desalentados, y nueve ó diez mil rezagados detrás de la hueste, y alegando la falta de fusiles para no volver á las filas. Poniatowski habia quedado sano y salvo en Zittau con sus diez mil polacos.

De diversas especies eran las causas de esta desventura; habíalas accidentales y generales. Consistían las causas accidentales en el mal tiempo, en la orden equívoca dada al mariscal Ney y que produjo un movimiento retrógrado inútilmente fatigante para las tropas, atrajo prematuramente al enemigo, y empujó al mariscal Macdonald a tomar una ofensiva precipitada: quizá consistían también en algunas faltas del general en jefe, que envió dos divisiones sobre Hirschberg para expulsar de allí al enemigo, cuando sola nuestra presencia en Jauer bastara para alejarle; y que durante la batalla dejó demasíadamente aisladas las dos fracciones de sus tropas, y tomando para juntarlas el partido de ocupar la meseta de Janowitz, no lo hizo con fuerzas suficientes; y que había en fin, menospreciado las dificultades engendradas por el mal tiempo y el estado de los caminos. Consistían las causas generales, mucho más formidables todavía, en el patriotismo de los coaligados, en su ardimiento de volver de continuo á la carga tan luego como veían la eventualidad más leve de empezar de nuevo la lucha de una manera ventajosa, y sobre todo en la juventud de nuestras tropas, impetuosas entre el fuego, pero demasiado nuevas para los contratiempos de la guerra, poseídas del sentimiento de que se les sacrificaba á una ambición loca, olvidándolo delante del enemigo, si bien experimentándolo más vehementemente al primer descalabro, y arrojando sus armas en la retirada, después de portarse bizarramente en la pelea, á causa del despecho, del desánimo y de la extenuación moral y física.

Estas mismas causas produjeron en el camino

de Berlin un desastre no de tanto bulto aunque funesto asimismo por las consecuencias.

Se ha visto la importancia que daba Napoleón al envío de un cuerpo á la capital de Prusia, a fin de repeler al ejército del Norte del teatro de la guerra, de sujetar á una humillación á Bernadotte, de sorprender la imaginación de los alemanes al entrar en la principal de sus capitales, de herir en el corazón al Tugend-Bund, de disolver las diversas agregaciones de que creía compuesto el ejército de Bernadotte, y de alargar por último la mano á nuestras guarniciones del Oder y del Vistula. Para alcanzar estos varios fines dió al mariscal Oudinot además del 12.º cuerpo, que mandaba directamente, el 7.º confiado al general Reynier, y el 4.º confiado al general Bertrand. Compuesto el 12.º de dos buenas divisiones francesas y una bávara ascendía á diez y ocho mil hombres: veinte mil contaba el 7.º formado de la división francesa de Durutte y de otras dos sajonas; y otros tantos tenía el 4.º donde solo se encontraba una división francesa, si bien excelente, la del general Morand, al lado de dos extranjeras, la italiana de Fontanelli, y la wurtemberguesa de Franquemont. Con seis mil caballos formaba el duque de Pádua la reserva de caballería. Se juntaban, pues, alrededor de sesenta y cuatro mil hombres en lugar de los setenta mil que se esperaron al principio, entre los cuales había muchos *montones*, como Napoleón decía, pues en el efectivo total entraba por lo menos una tercera parte de soldados de todas las naciones, algunos muy medianos, y los más pésimamente dispuestos. No dejaba menos que desear su composición bajo el aspecto de los jefes. Tan valiente y determinado